

que no estuvieran aproximadamente en su mismo nivel de inteligencia general, que no compartieran su actitud básica ante la vida, la muerte, el sexo, la política o el dinero... Sólo escribo sobre lo que me interesa. No busco temas: cualquier cosa en la que no pueda dejar de pensar es mi tema..."

Hay soberbia en los juicios literarios de Vizinczey; soberbia justa que niega la falsa modestia, una de cuyas mejores definiciones la propuso Napoleón: "la modestia es la soberbia de los imbéciles". Vizinczey no tiene duda a la hora de afirmar que "la modestia es una excusa para la chapucería, la pereza, la complacencia..."

Acerca de "Los diez mandamientos de un escritor" podrían escribirse muchas páginas y estaríamos abarcando, en cierto modo, todos los temas que desarrolla el autor en *Verdad y mentiras en la literatura*. Pero, por supuesto, el libro de Vizinczey vale por mucho más que su prólogo. Vale por la admiración razonada hacia las obras y las vidas de Balzac, Stendhal, Heinrich von Kleist, Shakespeare y Rousseau. Vale también por el rechazo hacia Malraux y otros tantos como Malraux que no entran al reino exigente de la literatura entendida por Vizinczey como una auténtica respuesta al hondo conflicto humano y no como un acto maniqueo o una propuesta programática en función de la ideología. Habría que agregar que el libro del narrador y crítico húngaro vale por toda la luz que arroja sobre las oscuridades en un mundo que se deja llevar por la publicidad y la fama pública antes que por el criterio soberano de cada individuo. Tener ideas propias, y expresarlas, convierte a la persona en gente incómoda.

Así como admira profundamente a Balzac, Stendhal y Kleist, con esta misma intensidad Vizinczey desprecia a la caterva de biógrafos y académicos que hacen de un escritor "su" tema para exponer cosas que no comprenden. Dice el crítico y novelista húngaro: "Casi todo lo que nos llega sobre los artistas a través de los medios de comunicación es pura palabrería, escrita por perezosos autores mercenarios que no tienen la menor idea del arte ni del trabajo duro."

Las apologías críticas que hace Vizinczey de sus escritores preferidos lo describen a él mismo de cuerpo entero. Sus fobias literarias también indican qué es lo que evita en su propia escritura. De tal modo que este libro de libros o sobre libros y autores, plantea no sólo el conocimiento de los autores a los que valora, sino que también revela la personalidad artística de quien lo escribe.

Es natural que el libro complazca unas veces e irrite otras. Es normal que a un admirador de Malraux, la siguiente observación le parezca no sólo maligna sino incluso injuriosa: "Los franceses tienen los mejores pensadores y la mayor cantidad de seudos. De la especie de los que yo llamaría farsantes de la cultura, es André Malraux, que ahora cuenta setenta y cinco años y es el protagonista de la ricamente detallada biografía de Jean Lacouture."

También sobre William Styron y su celebrada novela *Las confesiones de Nat Turner*, Vizinczey tiene algo que decir, y no es precisamente un elogio: "No es del todo sorprendente que la novela más popular y más aclamada de esa misma temporada en Estados Unidos, ganadora del Premio Pulitzer en 1968, fuera *Las confesiones de Nat Turner*, de William Styron, un compendio de todas las racionalizaciones que impiden comprender a los americanos blancos lo que están haciendo a los negros."

Vizinczey jamás se deja llevar por los prestigios o por las famas públicas favorables o adversas; tiene la buena costumbre de dar utilidad a las ideas propias. Lo que admira Vizinczey en un escritor es su capacidad para evitar las modas y las ideologías, reflejando profundamente la condición humana. Esta frase, que se convierte en título de novela en el caso de Malraux, es a juicio de Vizinczey una chapucería en el escritor francés, y nos dice por qué. Por todo lo contrario es que admira a Graham Greene, "un escritor dirigido por sus obsesiones sin hacer caso de modas cambiantes e ideologías populares".

Se puede escribir mucho más sobre *Verdad y mentiras en la literatura*, pero lo importante es decir que el autor de *En brazos de la mujer madura*, *Un millonario inocente* y *El hombre del toque mágico* posee la absoluta coherencia literaria que es preciso rescatar, como lección, en un mundo pleno de farsantes.

"La verdadera grandeza es como el infinito —escribió Vizinczey, a propósito de Stendhal no podemos medirla. En general, los intentos de valorar— las obras de arte deterioran incluso nuestra capacidad de experimentarlas." Vizinczey prueba, lo mismo como novelista que como crítico, que escribir un libro es una labor de amor y que en el amor, como en la literatura, la verdad es imprescindible, del mismo modo que la mentira es semejante a todos esos malos libros que se presentan, y se reputan, como extraordinarios únicamente por la dudosa virtud de haber vendido, en el mundo, varios millones de ejemplares ❧